

De repente

De repente el murmullo de agua que se venía oyendo se transformó en tsunami. De repente la normalidad se volvió anormal. De repente la vida se quedó fuera. De repente a tu horario le nacieron horas. De repente tus asuntos ya no fueron solo tuyos. De repente el peligro te pasó rozando. De repente el calendario te llovió los días, que se deshojaron, se *deshoraron*. De repente hubo que inventarse motivos. De repente se cerró la puerta contigo dentro. De repente se abrió la puerta de los «si tuviera tiempo», de los «cuando pueda», de los «algún día». De repente los días se empezaron a estirar. De repente dejamos de correr. De repente es mayo.

¿Qué es lo que me gustaba? ¿Qué es lo que no he hecho que quería hacer, que haré?

¿Qué me gustaba que me gusta?

De repente el tiempo, tan germánico en su discurrir, asiste a clases de danza y pone Caribe en la cadera. Las horas pasan pesando y el abanico desplaza aires tropicales. Las agujas del reloj se desperezan y adquieren dimensiones grotescas mientras rozan, juguetonas, los números. Los relojes se relajan *dalinianos* soltando las rigideces de la maquinaria, rebosando horas. Abres el día y rebosa de horas nuevecitas, por estrenar. Horas obesas que parecen *rehoras* de tan repletas. Caben los «si tuviera tiempo», los «cuando pueda», los «algún día» y hasta algún que otro «ni de coña». El tiempo no tiempo transcurre en la casa de muñecas, afuera no hay nada.

El calendario llueve días sabrosos, cocinados a fuego lento.



Humanos

¡Humanos! Tan flojos y fuertes, tan volubles y testarudos, adorables y aborrecibles. El malnacido virus del averno, este cacho genético encapuchado que ni siquiera merece la calificación de bicho y que nos ha dejado la zona de confort hecha unos zorros, sembrando el campo de batalla de víctimas, sigue dando mucho que sufrir. Que no solo es la salud, que no solo es la estabilidad emocional, que no solo son puestos de trabajo. Hoy, un año ya de penar, cabalgando ola tras ola sin verse arrastrado por tanta pérdida y tanto perdido o viceversa, hoy, los humanos aún seguimos asomando la condición por debajo de la puerta sin disimulo posible. Sea para bien o sea muy malamente, esta naturaleza nuestra a veces es de muy flaco favor, de no creerse.

Por un lado, están los superhéroes que se baten el cobre con antígenos y anticuerpos, que empeñan tiempo y vida para destilar el bálsamo de Fierabrás que nos libre del mal. Están los que, para ir tirando, mientras las benditas vacunas se abren camino intentan contener el desastre poniendo diques y recomendando medida y precaución. Algunos, nos conducimos con las riendas bien cortas hace ya demasiado para el bienestar, que hasta llagas llevamos ya en las manos de refrenar. El bien común. Que no digo yo que esté siendo fácil, que el cansancio no sea ya un ocho mil, que qué asco ya de vivir sin postre, que meted aquí todo lo que queráis.

Pero están los otros, los saltimbanquis que, sin criterio alguno, se permiten soltar *cutreteorías* absurdas y conseguir así una gloria efímera y miserable sin calibrar el daño. También tenemos imbéciles *organizantes* y organizables de fiestas clandestinas porque ellos no soportan la vida de mierda que por lo visto los demás adoramos.

Y luego hay de esos otros, los de a pie, que se saltan las normas cada día porque quién les va a decir a ellos lo que tienen o no tienen que hacer, por dónde salir, entrar, respetar o no. Hay por aquí costumbre dominical de rastro, que ahora tiene sus restricciones de aforo, salidas y entradas. No sabéis mi sorpresa al ver a una señora de edad respetable sacando una navaja considerable del bolso de *Carolina Guerrero* para cortar la cinta que le impedía acceder por donde le salía del moño cardado. La señora más lista y los gilipollas que aguardan su turno. Estupefacta quedé.

¿Y le llamaste la atención, preguntaráis? A ver, que la señora iba con un pedazo de faca en la mano, no hay vacuna que valga aquí.

Ya puede la Ciencia llevarnos en brazos porque si de nosotros depende, los simios heredarán la tierra.